

neurociencias cognitivas como de toda la gama de disciplinas que se inspiran en ellas. No estará de más enfatizar que en ningún momento se cuestionan en el libro datos científicos; simplemente se trata de proporcionar elementos que permitan a los investigadores obtener la claridad conceptual necesaria para evitar los enredos y sinsentidos que se suscitan cuando hay confusiones en el uso de los conceptos mentales. Éste es un libro que, a través del esclarecimiento conceptual, rompe con las lecturas fáciles de quienes usan tecnicismos mezclados con las descripciones normales que los hablantes hacemos de las cosas. Evitar confusiones y sinsentidos en la ciencia es el objetivo fundamental de este texto; por lo tanto, merece ser considerado como una de las aportaciones más importantes que se han hecho en los últimos tiempos para aclarar muchos de los enredos gramaticales en los que constantemente caen los neurocientíficos cognitivos. Además, ilumina importantes zonas de otras ramas de la filosofía, como la filosofía de la mente, la teoría del conocimiento y la filosofía del lenguaje.

NYDIA LARA ZAVALA

Facultad de Ingeniería

Departamento de Ciencias Sociales y Humanidades

Universidad Nacional Autónoma de México

nydialz@yahoo.com

Max Fernández de Castro, *Quine y la ontología abstracta*, Universidad Autónoma Metropolitana/Miguel Ángel Porrúa, 2003, 292 pp. (Biblioteca de Signos, 22)

Uno de los retos fundamentales del empirismo contemporáneo ha sido dar sentido al conocimiento científico (por lo menos al de las ciencias naturales y las matemáticas) dentro de un marco empirista. Especialmente problemático ha sido reconciliar el fuerte impulso a rechazar todo objeto inaccesible a la experiencia (o irreducible a objetos de ella) con el tipo de objetos abstractos e intensionales a los que parece hacer referencia la ciencia contemporánea. En el interior del empirismo, Rudolf Carnap y W.V.O. Quine —desde el empirismo lógico y el naturalismo, respectivamente— propusieron diferentes soluciones a este problema. Pese a lo multifacético del debate Carnap/Quine, en su centro se encuentra el problema de integrar los objetos abstractos dentro del marco empirista. Ambas propuestas abundan en distinciones sutiles y argumentos sofisticados. En este volumen, Max Fernández de Castro hace justicia a la complejidad de dicho debate ofreciéndonos una reconstrucción crítica y sistemática de la propuesta ontológica de Quine y, de paso, un breve y fiel bosquejo de la propuesta carnapiana.

Tal y como se señala desde su introducción, el objetivo es reconstruir y evaluar la respuesta quineana a cuatro preguntas ontológicas fundamentales para el empirista contemporáneo:

1. ¿De qué objetos es necesario reconocer la existencia cuando, en el marco de un sistema lingüístico, se sostiene una teoría determinada?

2. ¿Qué género de objetos son necesarios para la constitución de la ciencia contemporánea?
3. ¿Cómo puede el empirista aceptar la existencia de estos objetos sin renunciar a sus principios filosóficos? Eso supone la respuesta a una última cuestión:
4. ¿Qué es un objeto? (p. 11)

Dicha propuesta es presentada “en contraste, o por oposición, pero también en continuidad” (p. 9) con la propia de Carnap.

El cuerpo central del libro consta de tres capítulos. El primero resume la posición de Carnap e introduce la alternativa quineana, mientras que los dos últimos se centran en dos tipos de entidades especialmente problemáticas para la propuesta de Quine: objetos abstractos e intensionales. Además de estos tres capítulos, el autor nos ofrece una excelente introducción, donde se exponen de manera detallada los objetivos generales del libro, y los particulares de cada capítulo, y una sección final de conclusiones, donde resume y reorganiza las aportaciones más importantes del volumen.

En el primer capítulo, Fernández de Castro presenta tanto la propuesta “sintáctica” de Carnap, como su propuesta “semántica”. También ofrece la interpretación quineana de dichos proyectos y una breve reconstrucción histórica de la evolución de la disputa entre Carnap y Quine, hasta culminar con el desarrollo del naturalismo ontológico de este último. Pese a que Fernández de Castro planta que su resumen de la respuesta carnapiana es poco profundo, la verdad es que la reconstrucción que ahí hace es excelente, sucinta pero profundamente reflexionada. Mención especial merece su comentario a la supuesta derrota del proyecto sintáctico carnapiano como consecuencia de los resultados y críticas de Gödel (1995).

A continuación, Fernández de Castro expone la solución quineana al problema de los objetos abstractos —el criterio ontológico— y analiza su justificación. En la reconstrucción del autor, Quine justifica su criterio ontológico en dos tesis íntimamente relacionadas. Estas dos tesis apuntan a dos de los elementos fundamentales de su propuesta: la regimentación del lenguaje ordinario y la adopción de lenguajes estándar de primer orden. Respecto del primero, Quine argumenta que su regimentación “conserva un núcleo de nuestro lenguaje en que la referencialidad es lo más explícita y transparente posible” (p. 270). Respecto del segundo, Quine trata de mostrar la superioridad de los lenguajes de primer orden “para revelar los compromisos ontológicos de un discurso, en términos de simplicidad, economía y neutralidad” (p. 104). La primera es una tesis descriptiva sobre la manera en que hacemos referencia a objetos en los lenguajes naturales y de primer orden. La segunda, en contraste, es una tesis normativa sobre los fines de la regimentación. (En este sentido, “el criterio ontológico es también el resultado de una convención que es justificable en la medida en que otras consideraciones favorecen el lenguaje de primer orden sobre el de segundo como cuadro general para la ciencia” (p. 272).) Fernández de Castro tiene poco que decir sobre esta segunda tesis y su justificación, pues le parece una cuestión más técnica que filosófica. Dedicar, por lo tanto, gran parte de este segundo capítulo a la reconstrucción de la ontogénesis de la referencia que ofrece Quine para justificar su criterio ontológico.

El resto del segundo capítulo está dedicado a esclarecer la naturaleza de los objetos abstractos en general, y de los conjuntos matemáticos en particular, dentro del platonismo *sui generis* de Quine. A este respecto, Fernández de Castro señala que, para Quine, “la suposición de objetos, en las teorías científicas obedece siempre a la necesidad de construir la teoría más simple y más general que pueda dar cuenta de nuestra experiencia sensorial” (p. 181). Desde este punto de vista, los objetos postulados por la ciencia (los matemáticos, incluso) están en paridad con los objetos ordinarios. La postulación de ambos está justificada por el mismo tipo de ventajas prácticas —simplicidad, generalidad, familiaridad, etc.— que confieren a nuestra organización teórica de los datos sensoriales. Para Quine, “los objetos ordinarios no son más que ficciones útiles” (p. 182). De tal manera que si negáramos la existencia de los objetos abstractos de la ciencia a causa de su origen ficticio dentro de la ontogénesis de la referencia, tendríamos que hacer lo mismo con los objetos ordinarios, lo cual sería inaceptable.

El tercer capítulo revisa de manera crítica los argumentos de Quine contra el recurso a objetos intensionales en nuestra descripción científica del mundo. Al centro de esta argumentación se encuentran las así llamadas “paradojas de la lógica intensional”, es decir, de la cuantificación a través de contextos opacos. La primera mitad del capítulo está dedicada a presentar tanto los dos tipos básicos de respuestas a dichas paradojas, como los contraargumentos de Quine al respecto. Ambos tipos de propuestas tratan de resolver las paradojas a través de un análisis más cuidadoso del lenguaje natural. En el primer caso, la solución surge de enriquecer nuestra ontología con objetos intensionales. En ella, tanto predicados como términos singulares serían “empleados sistemáticamente, según el contexto, de manera ambigua” (p. 198). Términos singulares que referirían a objetos ordinarios en contextos transparentes, por ejemplo, harían referencia a objetos intensionales en contextos opacos. En esta propuesta, de origen fregeano, pero desarrollada con mayor detalle por Alonzo Church a partir de su artículo de 1943, sería necesario, también, tomar las descripciones definidas como términos singulares. De esa manera, la cuantificación a través de contextos dejaría de ser problemática a costa de la desaparición de los operadores modales.

El segundo tipo de solución —sugerido por Raymond Smullyan (1948), entre otros— está basado en una depuración sintáctica, en la cual sólo se aceptarían como términos singulares aquellos “sustituibles por otros términos codesignativos de la misma categoría *salva veritate* en todo contexto y exportables” (p. 220), como, por ejemplo, los designadores rígidos kripkeanos. De esta manera, podríamos recuperar la cuantificación a través de contextos opacos sin tener que extender nuestra ontología y postular objetos intensionales. Sin embargo, para Quine, este tipo de propuestas son inadmisibles por estar basadas en un esencialismo aristotélico que, además de ser poco práctico como herramienta de análisis semántico, “es evidentemente incompatible con el empirismo clásico” (p. 221). En este punto, Max Fernández de Castro es más crítico con Quine, pues su análisis muestra cómo sus contraargumentos a ambos tipos de respuestas son más bien débiles.

La segunda parte del capítulo está dedicada a la tesis quineana de la indeterminación de la traducción, pues ella es, en palabras de Fernández de Castro, “la objeción metafísica central de Quine al uso de nociones intensionales” (p. 191). Ahí, el autor divide las razones de Quine a favor de esta tesis en aquellas que se

basan en la inescrutabilidad de la referencia (a las cuales llama “desde abajo”), y las que se basan en la subdeterminación de las teorías empíricas y la asimetría entre teorías físicas y semánticas (a las cuales llama “desde arriba”).

Tras revisar cuidadosamente las críticas de Dagfinn Føllesdal (1969), Roger Gibson (1986), Noam Chomsky (1969), David Lewis (1974) y Robert Kirk (1973; 1986), entre otros, el resultado final del análisis de Fernández de Castro no es halagador para el filósofo estadounidense. Según el autor, ninguna de las pruebas con las que Quine pretende justificar su tesis son concluyentes; sin embargo, las objeciones presentadas por estos autores tampoco lo son. De ahí concluye que “la tesis de la indeterminación de la traducción no ha sido demostrada (ni, a nuestro parecer, refutada), y la cuestión de la pertinencia de aceptar una ontología intensional en el seno de nuestra teoría del mundo permanece abierta” (p. 277).

Quine y la ontología abstracta es un texto compacto de alta coherencia interna. Los diferentes temas y tópicos cubiertos están tan íntimamente ligados en su exposición que una lectura fragmentaria resulta casi imposible. Éste es un texto que debe leerse íntegro, de principio a fin; aun las mismas conclusiones no se entienden si no se ha leído el grueso del volumen.

Pese a su encomiable trabajo de síntesis y explicación, el material con el que trabaja Fernández de Castro es en extremo complejo y los dos últimos capítulos de su libro reflejan este hecho. Afortunadamente, el autor se detiene periódicamente a resumir los resultados alcanzados y señalar la dirección que tomará su exposición. Dichos resúmenes parciales, esparcidos a todo lo largo del texto, muestran una extraordinaria capacidad de síntesis por parte del autor. La introducción y las conclusiones son de mucha ayuda para no perderse en el sofisticado entramado de ideas y argumentos contenidos en el libro. En particular, la conclusión, en vez de simplemente recapitular los principales puntos desarrollados a lo largo del libro, reorganiza el material para ofrecer una *nueva* imagen sinóptica del problema de los objetos abstractos en la filosofía quineana.

Finalmente, vale la pena mencionar que el presente volumen no es un texto introductorio, sino un estudio crítico. El autor da por sentado cierto conocimiento previo de la obra de Carnap y Quine. Algunos elementos “célebres”, como el ejemplo de *Gavagai* (p. 228), se mencionan bajo el supuesto de que el lector los conoce lo suficiente como para no tener que ser expuestos en detalle. En este sentido, más que exponer la posición de Quine, el objetivo de Fernández de Castro es hacer un análisis profundo y crítico de la propuesta quineana. Como tal, el libro está lleno de interpretaciones y argumentos originales que deben tomarse como una aportación significativa a la discusión general sobre la ontología abstracta y el pensamiento de Quine.

BIBLIOGRAFÍA

- Chomsky, Noam, 1969, “Quine’s Empirical Assumptions”, en Davidson y Hintikka 1969, pp. 53–68.
- Church, Alonzo, 1943, “Review of Quine’s ‘Notes on Existence and Necessity’”, *The Journal of Symbolic Logic*, vol. 8, pp. 45–47.
- Davidson, Donald y Jaako Hintikka (comps.), 1969, *Words and Objections*, D. Reidel, Dordrecht/Boston.

- Follesdal, Dagfinn, 1969, "Quine on Modality", en Davidson y Hintikka 1969, pp. 175–185.
- Gibson, Roger, 1986, "Translation, Physics, and Facts of the Matter", en Hahn y Schlipp 1986, pp. 139–154.
- Gödel, Kurt, 1995, "Is Mathematics Syntax of Language?", versiones III y V en *Collected Works, vol. III: Unpublished Essays and Lectures*, Solomon Feferman et al. (comps.), Oxford University Press, Nueva York, 1994, pp. 129–147. Versiones II y IV en Francisco Rodríguez Consuegra (comp.), *Kurt Gödel: Unpublished Philosophical Essays*, Birkhauser Verlag, Basel/Boston/Berlín, pp. 149–169.
- Hahn, Edwin, y Arthur Schlipp (comps.), 1986, *The Philosophy of W.V. Quine*, Open Court, Chicago/La Salle, Ill.
- Kirk, Robert, 1973, "Undetermination of Theory and Indeterminacy of Translation", *Análisis*, vol. 33, pp. 195–202.
- , 1986, *Translation Determined*, Clarendon, Oxford.
- Lewis, David, 1974, "Radical Interpretation", *Synthese*, vol. 23, pp. 331–344.
- Smullyan, Raymond, 1948, "Modality and Description", *The Journal of Symbolic Logic*, vol. 12, pp. 139–141.

AXEL ARTURO BARCELÓ ASPEITIA
Instituto de Investigaciones Filosóficas
Universidad Nacional Autónoma de México
 abarcelo@filosoficas.unam.mx

Luis Xavier López Farjeat, *El desencanto de las palabras: seis ensayos frente a Hegel*, prólogo de Carlos Pereda, Universidad Panamericana/Publicaciones Cruz O., México, 2005, 162 pp.

Uno de los principales rasgos de la filosofía contemporánea es éste: se define *contra* Hegel o *desde* Hegel. Lo que no hay es filosofía del siglo xx o del *xxi sin* Hegel; y un problema es que muy pocos entienden siquiera a grandes rasgos al gran idealista alemán. El volumen de López Farjeat ostenta un doble mérito: penetra, con precisión y versatilidad, en álgidas cuestiones hegelianas, y además lo hace *frente* a Hegel; evita los extremos de la hegelianización, por un lado, y el exabrupto fragmentario contra el sistema, por el otro. Carlos Pereda lo subraya en el prólogo: para López Farjeat, Hegel no es ni un ídolo ni un monstruo: es un interlocutor.

El autor dialoga con los textos hegelianos y, además, los *contextualiza*, en el pre-ciso sentido hermenéutico de relacionarlos adecuadamente con otros textos. Aparecen así Wittgenstein, Aristóteles, Putnam. El volumen consta de seis ensayos, unos más críticos que otros, alguno sumamente técnico (el tratamiento de *Metafísica* XII, 7, y su lectura idealista es propio de un auténtico *scholar*); alguno francamente audaz e innovador (la comparación con el realismo interno de Putnam no es poca cosa) e incluso alguno más en las fronteras entre filosofía y literatura — se habla de la poética del idealismo hegeliano en un espléndido ensayo final que invoca a Hölderlin—. El libro está trabajado con cuidado y erudición, y a la vez resulta sumamente intuitivo, dos rasgos pocas veces coincidentes en un mismo trabajo.